

Cerveza para el dios Amón y otros relatos



+11

Eloísa Caro Durán
Cristina Vaquero

WEEBLEBOOKS



 2019

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Cristina Vaquero
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, enero 2019



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con info@weeblebooks.com



WEEBLEBOOKS

ÍNDICE

CERVEZA PARA EL DIOS AMÓN

EL ERROR DE PHANHHOTEP

CAPRICHO SO DESTINO EN POMPEYA

EL CARTERO INCA

LA MALDICIÓN DEL SENET

LOS ANHELOS DE FLAVIA

MELODÍA SAGRADA

CERVEZA PARA EL DIOS AMÓN

La cerveza era un alimento básico en la alimentación del Antiguo Egipto y, por lo tanto, también en las ofrendas a los dioses que consumían la materia invisible de los alimentos y que posteriormente se distribuía entre los sacerdotes.

- Te lo he repetido tantas veces que mis palabras deben haberse grabado en tus oídos como los relieves en las paredes del templo. ¡No queremos tu cerveza! Sin duda, un caldo tan espeso y turbio que ni el paladar menos delicado lo aprobaría. Los cerveceros del templo elaboran la mejor cerveza de Tebas, la única que complace a los dioses.

- Se equivoca, la mía es inmejorable. Yo mismo muelo la cebada roja, la amaso y la filtro tantas veces como es necesario para obtener una cerveza limpia y exquisita, adecuada para el paladar de cualquier divinidad. Y lo más importante: tiene un aroma especial e inigualable a dátiles y a miel que agrada especialmente al dios Amón.

- Si vuelves a insistir, haré que te azoten hasta despellejarte –sentenció el Gran Sacerdote–. Nunca he conocido a un joven tan pertinaz como tú.

Rejmire lo conocía desde pequeño, desde que correteaba entre las interminables columnas del patio con el hijo del auriga real.

Ahmoose, decepcionado una vez más, bajó la mirada dolida mientras escuchaba los silenciosos y desnudos pasos del gran sacerdote que, acompañado por su ayudante y un pequeño cortejo, se dirigían al santuario para realizar la última ofrenda al dios siguiendo el ritual diario.

Llenaron bien las bandejas de pan, carne de buey y cerveza para satisfacer al dios. Las crecidas anuales del gran río se demoraban demasiado y los campesinos comenzaban a inquietarse. Pasaban cada día ante las puertas del templo para exigir la intervención de Amón. Había, pues, que satisfacer al dios para que colmase los campos de abundancia y alejase cualquier atisbo de hambruna.

Tras depositar las viandas en el santuario, sobre la mesa de madera labrada, Rejmire extendió sus manos ante ellas, pronunció la plegaria nocturna y colocó la arcilla que cada noche sellaba la puerta sagrada para que nadie pudiera perturbar el sueño de Amón.

El silencio de la noche adormeció todas las estancias del templo, cuyas penumbras encubrían los sueños.



Cuando el sol se asomó al horizonte de nuevo, las salas se llenaron de vida y de nuevo el dios reclamaba sus ofrendas; también el baño purificador matutino y su renovado vestuario.

El Gran Sacerdote, con la túnica de lino blanco hasta los pies y la cabeza completamente rasurada, encabezaba el solemne cortejo.

Cruzaron el patio de columnas blancas y la sala de columnas rojas.

Por último, un corto pasillo los llevó hasta el santuario, el corazón del templo, en cuya oscuridad dormía el dios.

Rejmire pronunció la fórmula sagrada: «¡Despierta, gran dios, despierta en paz!».

Pero... de repente detuvo la letanía, miró fijamente la puerta de la estancia sagrada y abrió los ojos de par en par: no podía creer lo que estaba viendo. Sus ayudantes, al percatarse de lo sucedido, también se sobresaltaron.

El sello de arcilla que sellaba la Puerta de Todas las Noches no estaba intacto. Quién podría ser tan osado como para vulnerar la estancia más sagrada del templo, los aposentos de la divinidad, y con qué motivo.

El guardia que los acompañaba alertó a los demás y, de inmediato, llegaron tantos refuerzos que parecían todo un ejército al acecho de un enemigo desconocido.

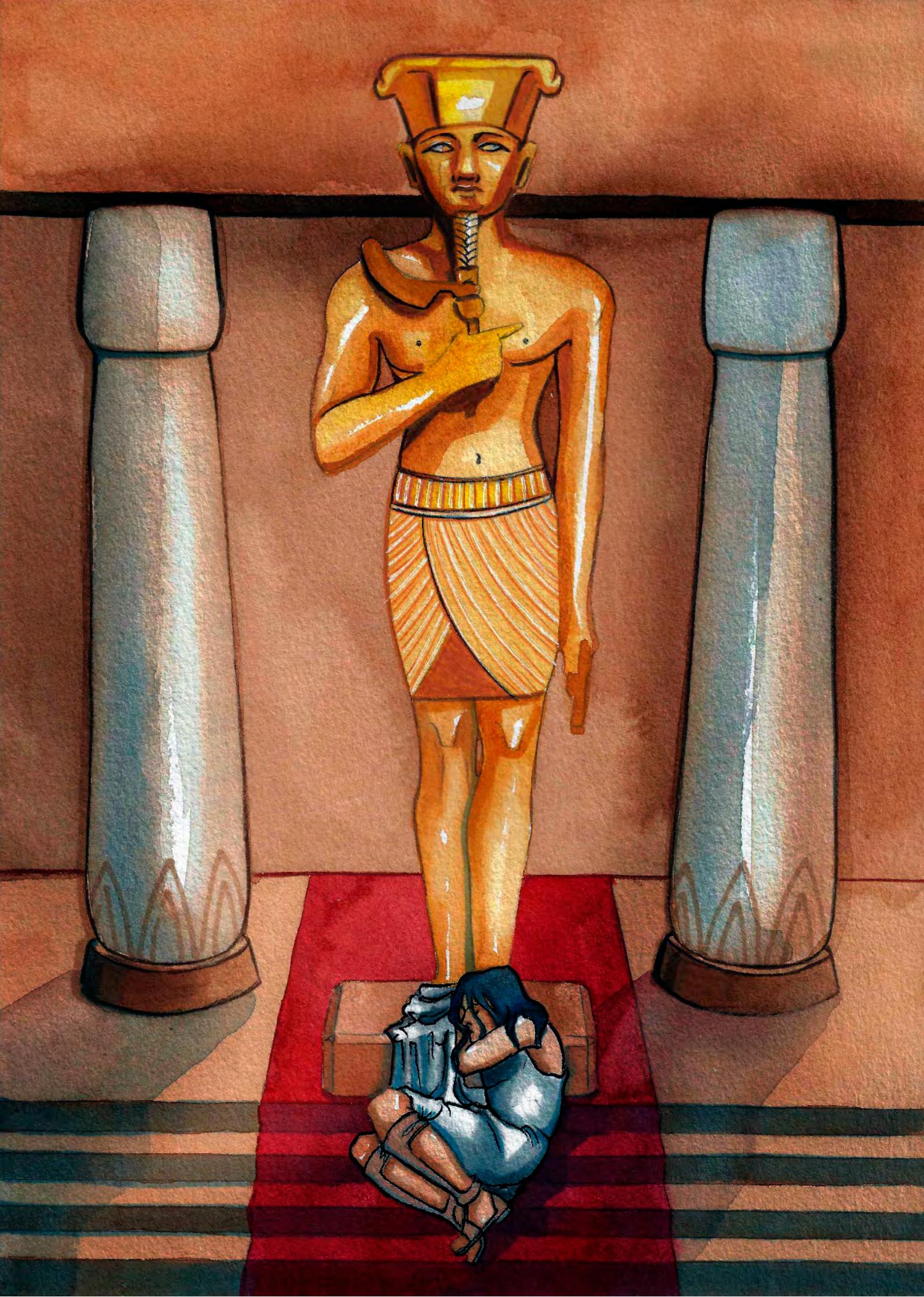
Rejmire, con temor y a la vez con una enorme curiosidad, empujó ambas puertas de bronce. El aire que salía del interior portaba un fuerte olor y no precisamente a incienso. Olía con intensidad a cerveza, a una cerveza singular, con un aroma inconfundible a dátiles y a miel.

La luz de la lámpara que siempre se mantenía encendida le permitió ver al dios Amón, que permanecía en pie coronado con sus dos largas plumas verticales y el cetro en su mano izquierda.

Junto a sus pies había un joven dormido, rodeado por varios jarros de cerveza completamente vacíos, un joven de sobra conocido por todos. Se trataba de Ahmose.

A pesar del gran revuelo, le costó despertar. El joven cervecero abrió un ojo, levantó la ceja y se dirigió a Rejmire:

- ¿Lo ve?, mi cerveza ha sido de su agrado.



Rejmire tomó aire, pero antes de que pudiera reaccionar, se escuchó a un escriba gritar en medio del pasillo:

- ¡Al fin el gran dios Amón nos ha escuchado y el río comienza a cubrir la tierra!

Y así fue como el joven y tenaz Ahmose se libró de un penoso castigo y consiguió que su cerveza con aroma a dátiles y a miel fuera, desde entonces, la única que se ofrecía cada día al dios Amón.

FIN

EL ERROR DE PHANHHOTEP

Quienes le conocían aseguraban que el rostro del faraón, severo, gélido, distante, de cerca intimidaba tanto como el del chacal ante su presa, y que su mirada hermética, impenetrable, quemaba igual que la ira del dios Ra.

Pronto yo mismo lo iba a comprobar. Estaba ansioso por tenerlo frente a frente y al fin había llegado el momento.

Dejamos atrás los gruesos muros de adobe cubiertos de estuco y pintados de blanco que conformaban la fachada principal del palacio.

Continuamos por el pasillo de los ánades, cuyo zócalo, decorado con peces y aves de vivos colores, recordaba a la orilla del Nilo, llena de vida y de luz.

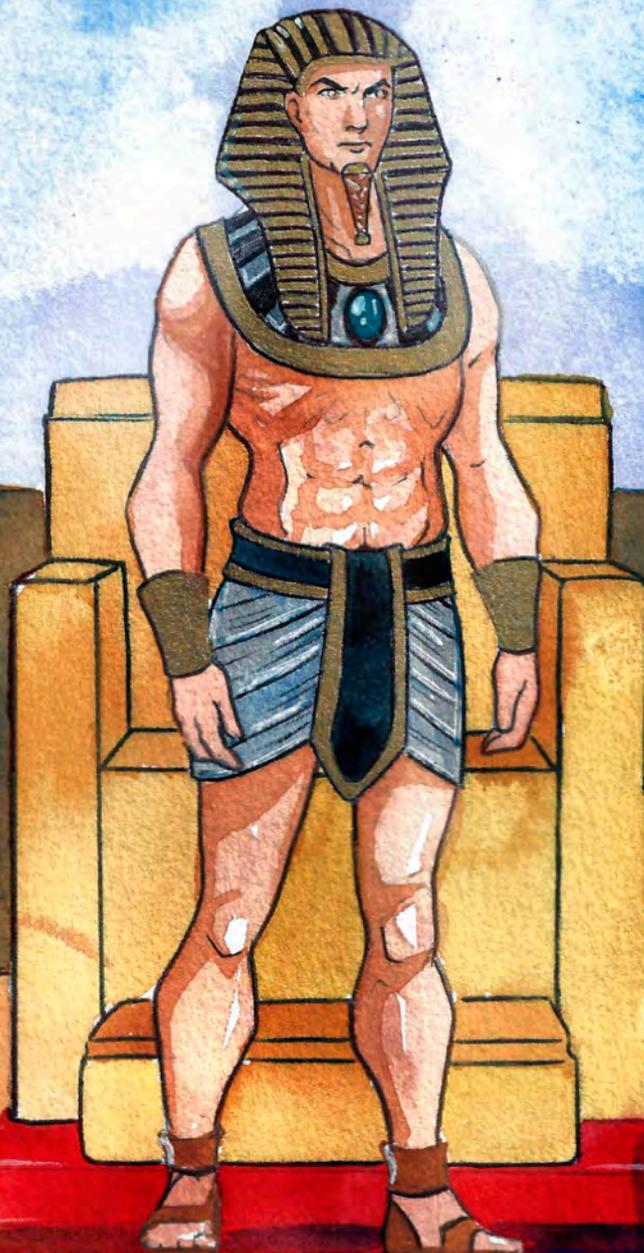
Yo encabezaba la numerosa y real comitiva de los pueblos del sur que caminaba solemne tras de mí para encontrarse con el gran mandatario.

Ante las altivas puertas de cedro que daban acceso al salón de audiencias, me detuve. Empujé con fuerza ambas hojas a la vez y las puertas se abrieron de par en par, como las alas de una mariposa al iniciar el vuelo.

Al fondo de la inmensa sala, alzado en su trono, se hallaba el faraón. Un nemes azul y amarillo ensalzaba la realeza de su rostro; llamaba la atención el vistoso y amplio pectoral de lapislázuli que le cubría gran parte del torso, y su brazo derecho soportaba un pesado brazaletes de coralina.

El cortejo permaneció inmóvil al final del pasillo; sólo se escuchó un indiscreto murmullo, reflejo de la admiración y sorpresa que la imagen del faraón causó en ellos.

Yo crucé el estrecho y permisivo umbral de piedra y me coloqué en un lateral de la sala, junto a una de las grandiosas columnas decoradas con llamativas y coloreadas flores de loto, tan cerca del faraón que podía sentir el roce del lino blanco de su túnica con la pátina dorada del trono. Era mi primera vez; la trompeta de cobre pesaba más que nunca, la alcé hasta colocarla sobre mis labios asustados. El aire indómito se escabullía sin consideración y los sonidos se desvanecieron.



Respiré hondo, aunque mi voz también parecía haberse disipado y, prácticamente sin aliento, anuncié:

- Se presenta ante el más grande mandatario, ante el faraón de las fértiles tierras del Alto y del Bajo Egipto, el rey de los Hititas.

Al instante bajé la cabeza abochornado, consciente del tremendo error que acababa de cometer. Cómo podía haber sucedido: llevaba días repitiéndolo.

Probablemente, mi tremenda equivocación acarrearía alguna condena. Me cortarían las dos orejas o me azotarían hasta despellejarme. Pero más que cualquier castigo me torturaba la idea de haber defraudado al faraón.

Alcé los ojos buscando el amparo de la diosa buitre Nejbet, cuya imagen dibujada en lo más elevado del techo protegía al faraón con sus alas extendidas.

Por un instante mis ojos avergonzados se cruzaron con los del faraón: poseía unos ojos grandiosos, vigilantes y custodiados por una espesa línea negra. Pude comprobar entonces que su mirada no era hermética e inaccesible como aseguraban, sino todo lo contrario: era tan cristalina y transparente que enseguida supe leer todo cuanto quería decirme y, sin dudar, decidí seguir sus mudos consejos.

Los nobles visitantes aún esperaban. Posiblemente no se habían percatado de lo ocurrido.

De nuevo anuncié, esta vez con fuerza, sin miedos, sin titubeo:

- Se presenta ante el más grande mandatario, ante el faraón de las fértiles tierras del Alto y del Bajo Egipto, el rey de los Nubios.

Esta vez sí, presenté con acierto a nuestros aliados los Nubios y no a los Hititas, los mayores enemigos de Egipto.

Ataviado con un pesado y macizo collar de oro —ese preciado metal que producen sus tierras— y con una delicada piel color arena del desierto sobre los hombros, el rey nubio, con la tez oscura y el caminar pausado, accedió a la sala. Tras él, todo su séquito, cuyos miembros fueron colocando ante el faraón ricos presentes: un espejo de plata, dos desmesuradas arracadas de oro, varias vasijas de alabastro y hasta un fiero guepardo.

El rostro del faraón, cálido y cercano, lanzó una ligera sonrisa, cuya complacencia llegó también hasta mí.

FIN

CAPRICHOSO DESTINO EN POMPEYA

Aunque actualmente hay teorías que apuntan a otras fechas, tradicionalmente se ha considerado la tarde del 24 de agosto, es decir, la hora séptima del noveno día antes de las kalendas de septiembre, la fecha en que Pompeya fue sepultada por el Vesubio.

Bajo aquellas sombrías y desnudas paredes, centinelas fieles de mi cautiverio, escuchaba el traqueteo de los carros al cruzar por los pasos para viandantes en las calles abarrotadas de Pompeya, las disputas en las tabernas tras agotar el vino, las conversaciones vanas en la puerta de las tiendas.

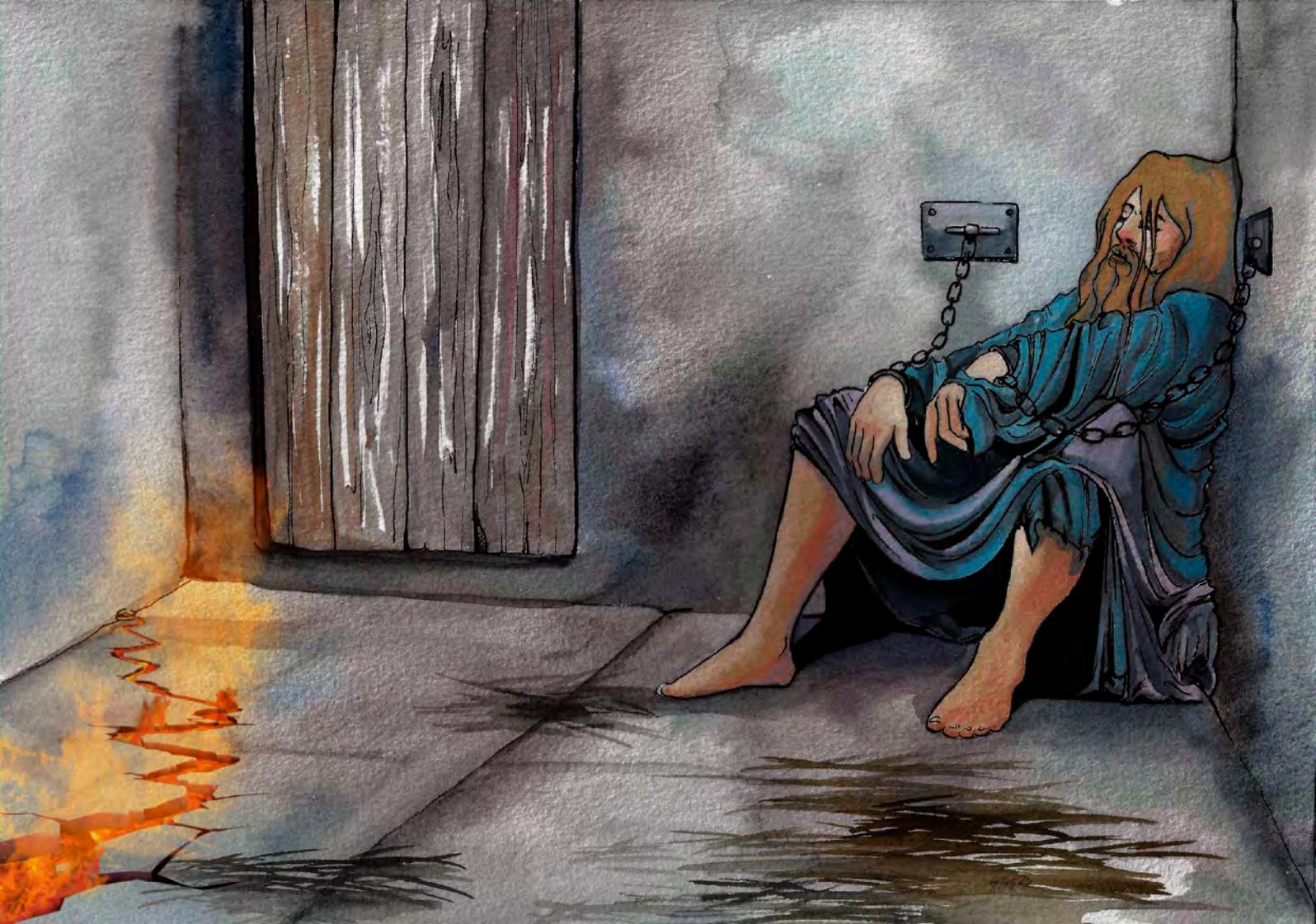
Cuánto hubiera dado por saborear de nuevo el pan que cocía Modesto, visitar las termas del foro, pisar la calle Abundancia o simplemente chapotear con el agua en la fuente de Mercurio.

Sin embargo, mi destino ya estaba decidido y las Parcas no me lo iban a permitir. Habían elegido la hora séptima del noveno día antes de las kalendas de septiembre para acabar con mi vida. Justo a esa hora estaba previsto que saliese de aquel agujero camino del anfiteatro, donde probablemente sería el juguete de alguna fiera que me enviaría sin contemplaciones hacia el río Estigia para encontrarme con el barquero Caronte.

Yo era muy consciente de que nadie, absolutamente nadie, puede escapar a su destino.

De pronto, cesó la algarabía que llegaba del exterior y un extraño e inesperado silencio inundó aquel cubículo borracho de humedad que me custodiaba. Me acurruqué asustado en un rincón y la firme luz de la única lucerna que iluminaba el espacio comenzó a vacilar. Tras un inquietante estruendo las paredes se estremecieron; presencié impasible cómo las piedras temblaban y tuve miedo.

Pero la diosa Fortuna debió escucharme y enseguida volvió la calma. Estaba aturdido y aún así me percaté de que una profunda grieta recorría la pared. La seguí con la mirada desde principio a fin, de abajo hacia arriba, y no podía creer lo que estaba viendo. Aquella hendidura, sinuosa e imprevista, había escupido el clavo que sujetaba mis grilletes; aquello suponía que, de nuevo, ¡era libre!



Mi primer pensamiento consistió en un alarde de arrogancia al considerar que sólo yo había conseguido burlar al destino. Me sentía feliz y eufórico y no sé muy bien cómo lo conseguí, pero forcé la puerta y corrí entusiasmado para buscar la salida.

Libre de ataduras, me dirigí sin dudarlo hacia la fuente de Mercurio donde me refresqué con su agua incesante, luego caminé dichoso por la calle Abundancia. Pero... dónde estaban los carros que recorrían a diario las calzadas avasallando a los transeúntes, aquéllos que yo escuchaba cada día; dónde se hallaban los clientes de las panaderías y de las tabernas; dónde se habían metido todos.



No sabía lo que estaba sucediendo, el sol comenzó a perder intensidad y unas livianas pavesas de ceniza fueron cubriendo el suelo muy lentamente.

Se acercaba la hora séptima del noveno día antes de las kalendas de septiembre.

FIN

EL CARTERO INCA

El Gran Inca se puso en pie, un claro gesto que delataba preocupación. Ante su trono, ataviado con una túnica bordada con hilos de oro que dibujaban formas geométricas, y sujeta por un cinturón con plumas de vivos colores, dijo:

- Debes llevar este mensaje al general Yupanki. Es de vital importancia que llegue antes de que el sol roce el horizonte.

De inmediato, el chaski guardó en una bolsa atada a la espalda el quipu de algodón con sus colores y nudos pertinentes, cuyo significado muy pocos conocían.

Atoc dejó atrás el templo del sol, cuyas piedras labradas contemplaban inmóviles el devenir pausado de aquel lugar, y cruzó las murallas de Cuzco más veloz que el agua al caer por la interminable cascada.

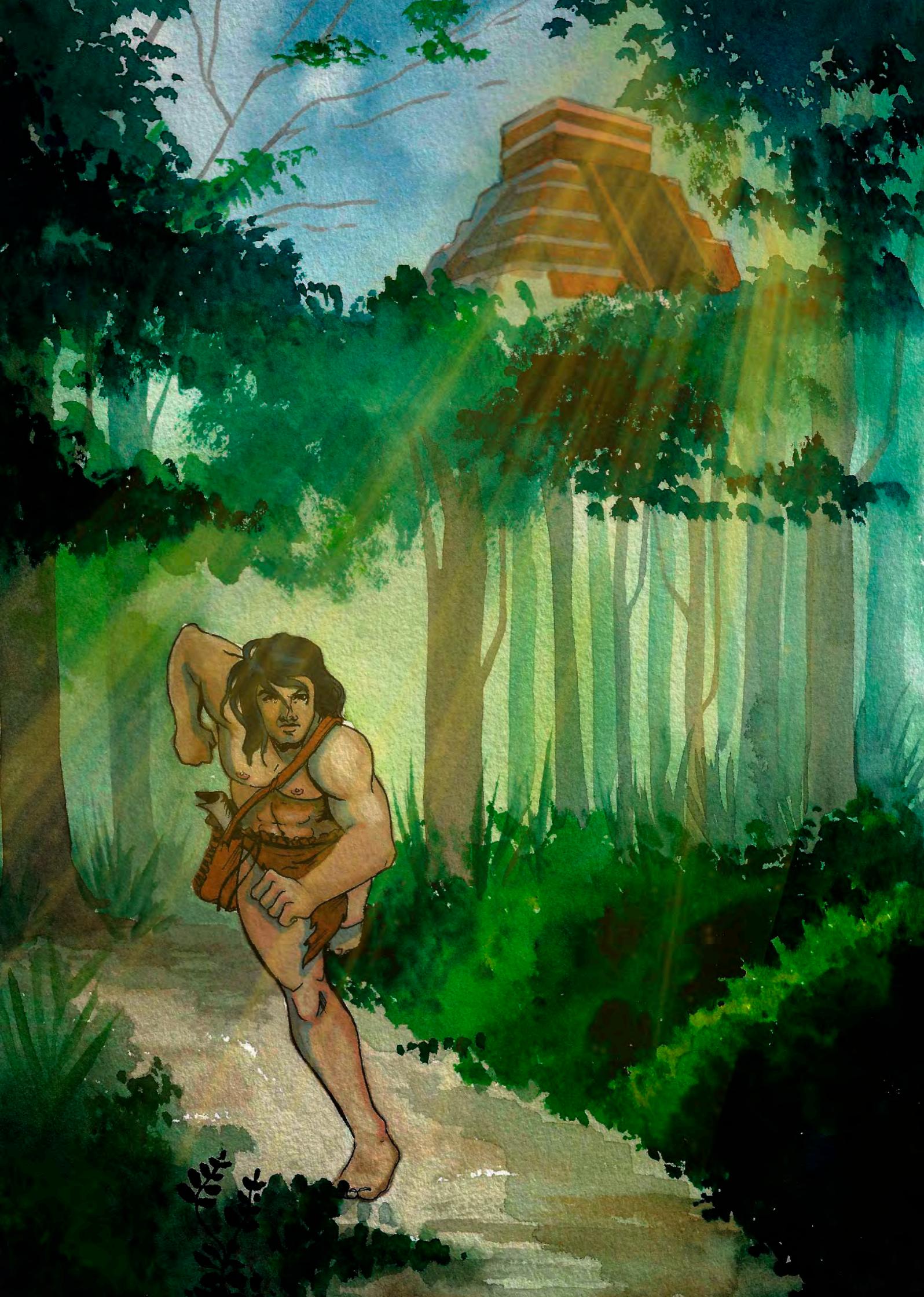
Montes empinados, arroyos torrenciales..., nada impedía que aquellos hombres, raudos y resistentes, entrenados desde niños para servir al imperio, llegasen con éxito a su destino.

La primera parada estaba próxima y Atoc hizo sonar con fuerza el pututu, la caracola marina que sujetaba con su mano izquierda y cuyo sonido alertaba al próximo chaski a quién debía dar el relevo. Tupac escuchó la caracola y, en cuanto llegó, recogió el mensaje sin perder un instante y continuó el camino.

De pronto, comenzó a llover con tanta fuerza que resultaba difícil avanzar. Sin embargo, aquel arrollador chubasco pasajero no consiguió aminorar su marcha ni debilitar lo más mínimo su cuerpo fornido y resistente.

Cuando el intenso brillo del sol volvía a deslumbrar, de repente, Tupac se precipitó por la ladera de una montaña. Comenzó a rodar como un tronco seco a la deriva en un torrente. Mientras su cuerpo saltaba de una terraza de cultivo a otra, intentaba recomponer lo que había sucedido, y de lo único que estaba seguro era de que no había sido un accidente. Alguien lo había empujado por detrás, pero ¿quién y por qué lo había hecho? Tal vez el mensaje que portaba era tan importante como para que quisieran interceptarlo.

Afortunadamente, un mullido y oportuno sembrado de maíz frenó la caída.



Lo primero que hizo Tupac fue asegurarse de que el quipuc permanecía intacto. Le tranquilizó comprobar que la bolsa continuaba en su espalda y el quipuc a buen recaudo. No obstante, había perdido algo imprescindible para un chaski: su emblemática caracola; probablemente se había perdido en el precipicio. Tupac estaba molido, tenía tantos golpes que hasta el roce del viento suponía una tortura para él; sin embargo, lo único que le preocupaba era recuperar el tiempo perdido e incluso mejorarlo, porque ya no contaba con la caracola para alertar al próximo chaski.

Impulsado por sus piernas, resistentes como el granito, consiguió volver al camino empedrado y comenzó a correr tan raudo como el sonido.

Dejó atrás a los comerciantes que conducían sus llamas cargadas de yuca y a las alpacas pastando en los prados.

Desde la loma que daba paso a la siguiente casa de postas, el nuevo chaski distinguió a lo lejos el inconfundible penacho de plumas blancas con el que los carteros se cubrían la cabeza.

Tupac llegó a su meta y el nuevo chaski tomó el testigo según el horario previsto.

Al fin, cuando el último aliento del sol quemaba el horizonte y tras varios relevos sin ningún otro incidente, el último chaski llegó a su destino.

La orilla de un profundo cañón de paredes casi verticales, donde la caída de una piedra parecía infinita, se había convertido en un improvisado campamento.

El general Yupanki, al mando de sus fieles guerreros, se disponía a llevar a cabo la misión secreta más decisiva de la contienda que se libraba contra los pueblos sublevados. Su objetivo era salvar a los combatientes que permanecían asediados por el enemigo al otro lado del cañón.

El correo vio cómo los aguerridos luchadores armados con mazas y encabezados por Yupanki, protegido con pechera y espada en mano, estaban a punto de adentrarse en el frágil e inacabable puente colgante.

Pero antes, el último chaski llamó su atención con insistencia y Yupanki se detuvo.

El cartero le entregó el mensaje del Gran Inca. Decía así: «Bajo ningún concepto debéis cruzar el puente de los Omaguas, uno de nuestros espías nos alertó de sabotaje...».



En ese mismo instante todos vieron cómo una alegre banda de tucanes, con sus grandes y coloridos picos, se asentaban sobre el interminable puente. Justo cuando sus livianas patas tocaban las cuerdas trenzadas de la baranda, el puente cayó al vacío dando tumbos desbaratado y errático. Los guerreros observaban absortos e incrédulos. Tras una larga agonía, el lejano mensaje del profundo eco les anunció su fin.

Cuando recuperó el aliento, Yupanki continuó leyendo: «... Príncipe real, querido hijo, estoy seguro de que habrás leído este mensaje y de que tus hombres y tú estaréis a salvo, porque, sin duda, como siempre, nuestros comprometidos y extraordinarios chaskis habrán conseguido llevar este mensaje a tiempo».

FIN

LA MALDICIÓN DEL SENET

El día más caluroso del año en que nació Ramsés el Grande, mientras llegaba la cómplice oscuridad de la noche que ocultaría nuestro delito, Heru y yo jugábamos al senet. Sobre la ardiente arena colocamos el tablero de barro cocido que mi abuelo Salih fabricó para mí antes de que sus manos dejaran de hablar.

Desde pequeño me apasionaba aquel juego, tanto que las fichas de mi agotado senet, desgastadas por el uso, habían perdido su forma original.

Fueron muchas las partidas libradas contra Heru, aunque la de aquella tarde no sería un enfrentamiento más; yo estaba obligado a ganar y me sentía angustiado, inquieto.

El vencedor de aquel duelo vigilaría desde fuera, y el perdedor sería el encargado de entrar en la tumba y recoger el botín. Lo habíamos hecho cientos de veces, el Valle de los Reyes era nuestra segunda morada; no obstante, ese día acaeció algo escalofriante que consiguió amedrentarme. Yo mismo pude ver cómo a orillas del Nilo un enorme cocodrilo agarró con sus fauces al anciano Masud. Él gritaba mientras su cuerpo blanquecino vertía sangre sin parar.

- ¡La maldición, ya está aquí la maldición!

Nadie entendía aquellas palabras agonizantes y desbaratadas, nadie excepto yo. Masud me había confesado que en el dintel de la última tumba que saqueó se podía leer: «Si osas cruzar esta puerta, tu cuerpo será devorado por un cocodrilo».

Estaba muy cerca y pude comprobar con claridad cómo la maldición se había cumplido.

Nunca le prestábamos atención a las maldiciones con las que intentaban intimidarnos, pero aquel día, después de lo que había ocurrido, yo no me sentía con el valor suficiente para entrar en la tumba.

Sin embargo, Heru no debía conocer mis miedos y continué centrado en el juego hasta que sucedió algo terrible. Había caído en la casilla 27 y tuve que retroceder hasta la 15. Mi adversario tenía ventaja, él había conseguido sacar del tablero más piezas que yo. Llegó mi turno, me tocaba arrojar las tablillas, sólo seis pasos serían suficientes para vencer. Las agité con las dos



manos, cerré los ojos y las lancé con decisión. Pero..., ¡oh!, salió un tres. Había perdido la partida.

Intentando esquivar el miedo, y con una antorcha en la mano, crucé la puerta que previamente ambos habíamos derribado.

Avancé con pasos diminutos e inseguros hasta que vi algo que llamó especialmente mi atención y me aproximé veloz.

A los pies del majestuoso sarcófago de piedra rojiza había un juego de senet: era magnífico, había sido elaborado con lapislázuli. Su intenso color azul me cautivó y de inmediato extendí las manos para cogerlo.

En ese mismo instante alcé la mirada y en la pared donde me apoyaba se podía leer: «Tus manos perderán su aliento si te atreves a tocarme».

De aquello hace ya mucho tiempo. Ahora, sentado bajo el frondoso sicómoro, con mis manos inútiles, sin vida, apoyadas sobre las rodillas, veo a mi hijo jugar con las deformes fichas de arcilla de mi preciado y viejo senet y me retuerzo al escuchar sus palabras.

- Es una lástima, papá, que no puedas jugar conmigo.

También repite una y otra vez lo mismo que escucha decir a mis padres.

- Es una pena que te haya perseguido la misma enfermedad que al abuelo Salih.

Pero lo cierto es que mi hijo no lo sabe. Nadie sabe que el día más caluroso del año en que nació Ramsés el Grande, ese mismo día, una horrible maldición cayó sobre mí.

FIN

LOS ANHELOS DE FLAVIA

Roma, kalendas de februiarius

Querida Iulia, hace ya varios días que llegamos a Roma. Nada me importunó a lo largo del viaje, que se presentó tranquilo y sin sobresaltos; el cochero fue hábil sorteando baches y salteadores.

La tía Cornelia me esperaba en su admirable casa tejiendo una vaporosa tela adornada con extrañas e inusuales letras griegas; la destreza de sus manos acaudillaba el viejo telar ubicado, como siempre, en el atrio.

Aquiles, ¿lo recuerdas?, aquel enorme perro bonachón que se desvivía por mordisquearte los tobillos —y que está precioso, por cierto— se empeñó en conducirme hasta el *tablinium* donde el tío Claudio despachaba con sus clientes.

La tía Cornelia lo tiene todo preparado para que mañana vayamos a las termas de aguas medicinales regentadas por su sobrino Marcelo.

Estoy deseando que llegue el momento, tú bien sabes lo importante y necesario que es para mí, sobre todo ahora que ningún remedio hace frente a este mal que me atosiga, ahora que los médicos ya no tienen nada que ofrecerme, ahora que hasta el mismo Escolapio parece haberme abandonado. Todas mis esperanzas, las únicas, están aquí.

Esta mañana bajé al mercado con mi esclava Crispina; quería comprar dos palomas para ofrecérselas a la diosa de la salud, cuya estatua, al parecer, preside la entrada de las termas.

Por cierto, me he acordado mucho de ti. Los senadores paseaban elegantes bajo el pórtico del foro con sus blancas e impecables túnicas ribeteadas de rojo, y las grandes damas sobre sus literas dejaban ver entre las cortinas echadas sus impresionantes joyas de oro y piedras preciosas; todos ellos me parecieron unos invitados perfectos para cualquiera de tus magníficos banquetes.

En fin, de eso ya hablaremos cuando regrese, que será pronto. Ahora necesito contarte algo que no puede esperar, algo insólito que me ha sucedido esta tarde y que te sorprenderá tanto como a mí.

De regreso a casa, cuando las sombras comenzaban a cubrir las calles de la ciudad, en el mismo pasillo de entrada, la tía Cornelia me pidió que la



acompañase. Su esclavo de confianza portaba una pequeña lucerna con forma de ave. Me extrañó mucho aquella inesperada invitación, pero, a pesar de mi insistencia, no quiso decirme a dónde nos dirigíamos.

Cuando caminábamos por el decumano, un grupo de soldados se aproximó hacia nosotros. Sorprendentemente, al percatarse de su presencia, la tía Cornelia cubrió con su manto un pequeño frasco que portaba entre las manos, bruscamente cambió de dirección y, con un gesto angustiado, nos obligó a seguirla por una calle adyacente.

La intriga que me corroía se llegó a convertir en preocupación cuando incluso cruzamos los muros de la ciudad. Ella continuaba hermética y silenciosa y caminaba tan deprisa que a veces me costaba continuar a su lado.

De repente se detuvo: habíamos llegado a nuestro destino, un solitario descampado donde no había grandes edificaciones, sólo unas escaleras semiocultas que descendían bajo el suelo.

Tras asegurarse de que nadie nos observaba, Cornelia me indicó que la siguiera. Al final de los angostos peldaños había un receptáculo alumbrado con diminutas lámparas distribuidas en hornacinas, que me permitieron ver cómo las paredes estaban llenas de tumbas. En muchas de ellas había extraños símbolos representados, también peces, palomas, anclas y varias letras griegas, muy similares a las que aparecían en la tela que tejía la tía Cornelia y también en el frasco que portaba, y que sólo contenía aceite para alimentar aquellas lamparillas.

- Pero ¿qué hacemos aquí? –dije sorprendida.

Ella me tranquilizó pasando la mano por mi espalda.

Lo cierto es que a pesar de hallarnos en lo que parecía ser un cementerio subterráneo, se respiraba una paz inexplicable y todo hablaba de vida más que de muerte.

Seguimos uno de los pasillos laberínticos que partían de allí. Y en un pequeño rellano hallamos a un grupo de personas que escuchaban atentas a un orador de pelo blanco y túnica gris que leía textos sagrados. Entre los congregados había esclavos y también grandes damas. Aquel hombre, de palabras amables, hablaba de profetas y de un dios que resucitaba a los muertos y curaba a los enfermos.

Sus palabras transmitían sosiego y bienestar. Fue una experiencia increíble, inimaginable para mí.



Mañana sacrificaré las dos palomas a la diosa de la Salud, también a Minerva y al mismísimo Júpiter si es preciso. Y no sé si las aguas medicinales me curarán, pero lo cierto es que en mi interior siento tanta fuerza que ahora me veo capaz de afrontar todo lo que pueda venir.

Tu hermana Flavia.

FIN

MELODÍA SAGRADA

- ¡Tanit!, ¿dónde estás? –grité angustiado una vez más. Nunca antes nos habíamos separado.

Cuando la desesperación me envolvía, escuché algo extraño tras los gruesos muros del gran templo de Amón-Ra y me detuve. Por una delatora y cómplice grieta miré al interior. Apoyado sobre la base de una de las impresionantes e interminables columnas con forma de papiro que rodeaban el inmenso patio, había un joven sacerdote ataviado con túnica de lino blanco tocando la flauta. Y allí estaba Tanit, sentado frente a él, hechizado por aquellos acordes cristalinos y tenues creados para los dioses.

Al fin respiré tranquilo. Entusiasmado, le hice un gesto llamando su atención. Por un instante él se giró para mirarme, pero de nuevo aquella melodía sagrada lo atrapó.

Sólo cuando el hábil músico se detuvo y dejó la flauta a su lado, Tanit se alzó sobre sus cuatro largas y delgadas patas, relajó sus puntiagudas y rectas orejas y regresó junto a mí.

FIN



La autora:
M. Eloísa Caro Durán
[Contacto](#)

La ilustradora:
Cristina Vaquero
[Contacto](#)

La Editorial:
[WeebleBooks](#)

En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos sin excluir a nadie por cuestión económica. Una educación diferente, más divertida, más original y creativa, y más adaptada al siglo XXI. Para ello hemos creado este proyecto educativo, que está abierto a la colaboración de todos, para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas. Creamos y editamos libros educativos, divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital.

info@weeblebooks.com

Visita nuestra página para descargar más libros gratuitos
weeblebooks.com:

Mi primer viaje al Sistema Solar
Descubriendo a Audrey Hepburn
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades
Descubriendo a Dalí
Cocina a conCiencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de Historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía
El mago detective
Objetivo Polo Sur

Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con info@weeblebooks.com



WEEBLEBOOKS



<http://www.weeblebooks.com>

**Puedes descargar este libro gratuitamente
en [weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com) o en la App Weeblebooks**